

Territorios 29 / Bogotá, 2013, pp. 39-56
ISSN: 0123-8418
ISSNe: 2215-7484

La vigencia de Henri Lefebvre en la investigación socio-territorial

De la forma a la contra-forma: una contribución lefebvrina para el entendimiento de morfologías urbanas

*To Form to the Counter-Form: One Lefebvrian
Contribution to the Understanding of the Urban Morphologies*

*Da forma à contraforma: uma contribuição lefebvrina
para o entendimento de morfologias urbanas*

Marcos Felipe Sudré Souza*

Traducción: Hernando Sáenz Acosta**

Recibido: agosto 2 de 2013

Aprobado: septiembre 16 de 2013

Para citar este artículo

Sudré Souza, M. F. (2013). De la forma a la contra-forma: una contribución lefebvrina para el entendimiento de morfologías urbanas. (H. Sáenz Acosta, trad.). *Territorios*, 29, pp. 39-56.



* Licenciado en Comunicación, licenciado en Diseño, magíster en Arquitectura y Urbanismo, doctorando en Arquitectura y Urbanismo, Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG). Correo electrónico: felipesudre@yahoo.com.br.

** Economista, magíster en Planificación y Administración del Desarrollo Regional, doctorando en Planeación Urbana y Regional (IPUR-UFRJ) (Brasil). Del Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano (IPPUR), Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRS) (Brasil). Becario programa PEC-PG Capes. Correo electrónico: hermandosenzacosta@gmail.com

Palabras clave

Henri Lefebvre, forma urbana, espacio diferencial, espacio abstracto, espacio absoluto.

Keywords

Henri Lefebvre, urban form, differential space, abstract space, absolute space.

Palavras-chave

Henri Lefebvre, forma urbana, espaço diferencial, espaço abstrato, espaço absoluto.

RESUMEN

Con el fin de discutir algunas de las aportaciones hechas por el filósofo y sociólogo francés Henri Lefebvre al estudio de las formas urbanas, este ensayo teórico se vuelve hacia lo concreto del espacio en su existencia mental y social y trata de extraer lo que se llama aquí de contra-forma, entendida en este trabajo como el imposible-posible en Lefebvre, virtualidad aún no lograda, pero latente. En el camino, dos grandes grupos de conceptos introducidos por el autor son adecuados para la comprensión de la forma —la forma inmediata y la morfología de los modos de vida— como el elemento que permite la reproducción de las relaciones sociales. La articulación entre las tríadas forma-función-estructura y percibido-concebido-vivido, los dos conjuntos de conceptos trabajados aquí desde el autor francés lleva a encontrar, en la ausencia urbana contemporánea, la presencia que permite nuevas posibilidades.

ABSTRACT

With the purpose to discuss some of the contributions brought by the French philosopher and sociologist Henri Lefebvre to the study of urban forms, this theoretical essay turns towards the concreteness of the space in their mental and social existence, and seeks to extract what is called here counter form, understood in this work as the impossible-possible in Lefebvre, virtuality not yet performed, but underlying at practical reality. Along the way, two major sets of concepts introduced by the author are appropriate to understand the form —the immediately form and the morphology of ways of life— as the element that allows the reproduction of social relations. The articulation between the triads form-function-structure and perceived-conceived-lived, the two sets of concepts worked here from the French author, is what leads to find, in the absence of contemporary urban, the presence that allows the possibilities.

RESUMO

Com o fim de discutir algumas das contribuições feitas pelo filósofo e sociólogo francês Henri Lefebvre ao estudo das reformas urbanas, este ensaio teórico se enfoca no concreto do espaço em sua existência mental e social, e tenta extrair o que aqui é chamado contraforma, entendida neste trabalho como o impossível-possível em Lefebvre, virtualidade ainda não conseguida, mais latente. No caminho, dois grandes grupos de conceitos introduzidos pelo autor são adequados para a compreensão da forma (a forma imediata e a morfologia dos modos de vida) como o elemento que permite a reprodução das relações sociais. A articulação entre as triadas forma-fundação-estrutura e percebido-concebido-vivido, os dois conjuntos de conceitos trabalhados aqui desde o autor francês leva a encontrar, na ausência urbana contemporânea, a presença que permite novas possibilidades.

Introducción

Este ensayo teórico tiene como objetivo discutir algunas de las contribuciones de los estudios del filósofo y sociólogo francés Henri Lefebvre para la comprensión de la forma urbana. No de la forma urbana visible —y aprehendida por los demás sentidos—, sino de la forma urbana imposible-possible, virtualidad aún inalcanzada, pero latente en la realidad concreta. ¿Esfuerzo utópico? Es posible que no, pues, como casi todo trabajo de base lefebvriana, se trata de una exploración de lo posible que no abandona la crítica de lo real y se apoya en las imágenes y en lo imaginario. En los términos del autor, se busca aquí “una utopía experimental”, por lo tanto, “utopiana”, aquella que va más allá de lo utópico (Lefebvre, 1976; 2008b).

Por eso, aunque no se pretenda alcanzar la forma que se observa en el horizonte, será necesario regresar a ella, en su existencia mental y social e intentar extraerle lo que aquí será llamada de contra-forma. Término tomado de las representaciones del espacio propias de las artes visuales, la contra-forma es el negativo que resulta de la silueta observable. Es en la propia forma que ella encuentra las bases para su manifestación, pero de ella se desprende y se eleva. Es, por lo tanto, más que una simple oposición al presente, lo que resultaría en utopía negativa, abundante e innecesaria. Como en las ecuaciones matemáticas, donde las señales negativas generan lo positivo, la contra-forma encuentra la presencia en la ausencia y permite lo nuevo posible.

No se propone aquí una discusión sujeta al formalismo, reducido a la identificación de los elementos formales y que ignore la complejidad. Emprender un estudio sobre la forma se hace necesario para el reconocimiento de que “el poblamiento y la embestida (u ocupación) de un espacio siempre sucede según formas discernibles y analizables” (Lefebvre, 1991b, p. 150). Es la forma que permite la reproducción de las relaciones sociales, tanto la forma inmediata como la propia morfología de los modos de vida, ambas disponibles en la práctica y aprehendidas mentalmente. En ese trayecto, algunos conceptos y debates merecerán atención: el espacio abstracto y todo aquello que lo precede y de él resulta, la dialéctica forma-contenido, las tríadas lefebvrianas en constante diálogo.

Sobre formas y espacios

Para este desarrollo, sería apropiado iniciar con uno de los temas que enmarca parte de la obra de Henri Lefebvre: la “teoría de la forma”, aquí recorrida a partir de algunos de los textos más expresivos y leídos del autor (1991a; 2008a; 2008c). El abordaje lefebvriano va más allá de la forma aplicada al espacio urbano, aproximado desde la filosofía del conocimiento. No obstante, aunque esa amplitud teórica no sea el objetivo inicial de este estudio, es importante aprehender, de ese cuadro general presentado por el autor, aquello que contribuye al entendimiento de la forma aplicada al espacio urbano, a su producción y repro-

ducción. Es en la abstracción teórica que, según Lefebvre “la forma se separa del contenido, es decir, de los contenidos. Así liberada, ella emerge pura y transparente: inteligible” (2008c, p. 90).

Separada de los contenidos, la forma se torna legible e interpretable, se transforma en medio de clasificación y acción. Es la forma en su existencia mental, fruto de la abstracción que únicamente el análisis puede proporcionar al segregar los dos elementos.

Ahora bien, esa transparencia de la forma, como bien advierte el autor francés, no es real. Al aislarse del contenido, la forma pierde su carácter concreto e ignora su existencia social. Si contenido y forma son interdependientes, uno no existe sin la otra o, mejor, uno remite a la otra y solo es posible la unidad entre los dos elementos. Se trata de un movimiento doble y una doble existencia, en los cuales, “a través de la razón dialéctica, los contenidos superan la forma y la forma da acceso a los contenidos” (Lefebvre, 2008c, p. 91). La forma social implica, pues, su relación con el contenido, mientras la forma mental sirve a la lectura analítica, que, atenta y minuciosa, no podría desconsiderar sus implicaciones concretas.

No obstante, Lefebvre alerta que la forma se esfuerza para existir en su estado puro y, como no podría ser diferente, busca llenar esa pureza con un contenido bastante particular. “La forma, separada del contenido, separada de los referenciales, se impone por el terror. Ella tiene como contenido el terror” (Lefebvre, 1991a, p. 191). El espa-

cio puro define el terror: él es el espacio de su poder. Al mismo tiempo, la proposición inversa no deja de ser verdadera, puesto que el terror demarca y demanda un espacio puro para sí.

¿Esa orden hegemónica y totalizante representa el fin? Ciertamente no. Lagunas y fisuras existen y crean condiciones para el sostenimiento de un pensamiento utópico y posible a partir de Lefebvre, como hace Cunha, Canuto, Linhares y Monte-Mór (2003). Esas potencialidades están hoy en la vida urbana anunciada por el autor francés, en la “porción viva y creativa de lo cotidiano, o sea, la cotidianidad [...]” (Cunha, Canuto, Linhares y Monte-Mór, 2003, p. 36), que dan forma a un contraterrorismo. En ese cuadro, las periferias contemporáneas del capitalismo tienen posición privilegiada, ya que, en ellas, el orden definidor del capital no se establece por completo. Es un hecho que, donde formas mercantiles o precapitalistas persisten y conviven con la imposición de un espacio abstracto, las bases indispensables para la supremacía del capital aún están por completarse, “desde la producción del espacio requerido (necesariamente urbano-industrial) hasta la integración de toda la sociedad en el sistema, en el consumo (dirigido) y en la ciudadanía (formal)” (Cunha et al., 2003, p. 39).

En lo que se refiere al terror de la forma pura anunciado por Lefebvre, este puede ser visto, entre tantos otros momentos, en la tentativa de dominación del espacio a partir de la imposición de una forma específica, de un proyecto que se suelta del plano —la hoja plana— y, en el sitio, se intenta

realizar. Racionalizada, la ocupación del territorio y su reorganización en jerarquías y funciones son responsables por la creación de un producto (artificial), que se presta a la función de servir de base a la producción. Esa superestructura extranjera agrade al espacio existente y permite la introducción de una estructura económica y social. Así fue, por ejemplo, la ciudad colonial en América, dirá Lefebvre (1991b). Así puede ser un proyecto de ocupación cualquiera del territorio, dirán los desdoblamientos de tal práctica.

Frente a este panorama se puede establecer la diferenciación entre el espacio dominado y el espacio apropiado. “[...] Ideología encubierta por el mito de la tecnocracia” (Lefebvre, 1976, p. 208), el urbanismo domina el espacio a partir de la introducción de una forma, que lacera el paisaje y se opone a la apropiación, otro tema estimado por el autor. Desarrollando el concepto a partir de Marx, pero yendo más allá de él, Lefebvre muestra cómo la acumulación instala la ruptura entre lo dominado y lo apropiado, la opresión de aquel sobre este a partir del poder del Estado y de las fuerzas violentas. La dominación, en ese sentido, se deriva y se vuelve para la posesión, la propiedad —condición distante de la apropiación— se aproxima de la obra de arte, donde el uso no supera el cambio (Lefebvre, 1991b).

Pero ¿qué sería, entonces, el espacio social? ¿Qué lo llevaría más allá del espacio matemático o de las formulaciones concebidas por la filosofía? La respuesta comienza a ser esbozada, en Lefebvre, a partir

de la constatación de que el espacio es el soporte de las relaciones sociales, de esas “abstracciones concretas” que solo presentan existencia real en el espacio y por medio de él. En las palabras del propio autor, él no es “una cosa entre otras cosas, ni un producto entre otros productos: en vez de eso, el espacio social engloba las cosas producidas y alcanza sus inter-relaciones en su coexistencia y su simultaneidad, a su orden (relativo) y/o su desorden (relativo)” (Lefebvre, 1991b, p. 73).

De acuerdo con el autor, el espacio social resulta de un conjunto de operaciones, lo que impide que sea reducido a la categoría de un objeto. Sin embargo, eso no quiere decir que se trata de una ficción o irrealidad. El espacio social es práctico. Tan práctico que su referencia es una realidad sensible: el espacio social deriva del cuerpo, “aunque él lo metamorfosee hasta olvidarlo, aunque él se separe radicalmente del cuerpo hasta matarlo” (Lefebvre, 1991b, p. 405). El orden siguiente —del cuerpo— es la base para el orden distante, incluso cuando, en ciertas ocasiones de abstracción, ignore las diferencias de los cuerpos y borre sus historias.

Ante estas articulaciones, más importante que descifrar minuciosamente cada uno de los términos que se reportan al espacio en la obra de Lefebvre (1991b), sería oportuno intentar comprender las relaciones y los desdoblamientos de ese conjunto de conceptos rumbo a la construcción de una utopía necesaria: el espacio diferencial. Si para el autor no existe un espacio vacío —la tabla rasa sobre la cual es posible partir

de un instante nulo—, son las precedencias que permiten la edificación de un nuevo momento y lo que permanece es el material constituyente y base de la nueva realidad. Así, el espacio diferencial no emerge de otra realidad sino de las contradicciones propias del espacio abstracto; este, a su vez, como una negación de aquello que le sirve de sedimento y soporte, o sea, los espacios absoluto e histórico.

En una tentativa de sistematización, el espacio abstracto lefebvriano emerge como zona crítica, lugar de tensión entre lo que podrá nacer y lo que ya está puesto y definido. El espacio abstracto se define, de este modo, como un estado de turbulencia instaurado entre el espacio diferencial y los espacios absoluto e histórico. Su marca es la negatividad, la negación de aquello que lo sucedería y de todo lo que lo precede. ¿Qué puede venir a partir de él? El retorno a las diferencias aplastantes y purificadas. ¿Qué le sirve de base? La naturaleza y la historia, transformadas en nostalgias. A pesar de todas sus contradicciones constitutivas, el espacio abstracto se revela transparente y homogéneo y esa es su principal trampa: en la máscara que encubre sus dualidades reside su fuerza.

Religioso y político, el espacio absoluto tiene su origen en el conjunto de lugares nombrados y trabajados por el hombre. Es el espacio del cual el hombre toma posesión, domina y se apropia en sus actividades cotidianas y, en cuanto a la forma, en general es definido por un contorno que lo distingue en el paisaje y permite articular toda la vida y establecer relaciones. Como

define Lefebvre, el espacio absoluto es el guardián de la unidad cívica, del vínculo entre los miembros de un grupo. Así son los templos, los monumentos, los palacios, pero también pueden ser los espacios indicados o sugeridos o, aun, un espacio que no se sitúa en lugar algún, mas reúne a todos ellos.

Sin embargo, no es solo porque lo mental se realiza por medio de esas actividades sociales —como lo imaginario que se convierte en realidad en templos y palacios— que el espacio absoluto es, al mismo tiempo, ficticio y real. Ese espacio es vivido, es al cuerpo que él se dirige específicamente al “intersticio irrenunciable entre el espacio del cuerpo y los cuerpos en el espacio (lo entredicho)” (Lefebvre, 1991b, p. 251).

De ese espacio absoluto procede el espacio histórico, en el que la historicidad destruye la naturalidad e instaura la acumulación de riquezas, recursos, conocimientos, técnicas, símbolos y objetos diversos. Su centro es la ciudad-sujeto que domina el territorio y retiene el poder de concentrar y reunir en torno de sí y para sí a todo y todos. “En ese proceso, el espacio absoluto no desaparece, pero sobrevive como fundamento del espacio histórico y soporte de espacios de representación (religiosos, simbolismos mágicos y política)” (Lefebvre, 1991b, p. 48). Esa organización del espacio en la historia, que constituyen redes y centros económicos y de información, servirá de apoyo a la abstracción del espacio, a la distinción completa entre la producción y la reproducción. La ciudad, locus privilegiado de acumulación, reunirá

las condiciones necesarias para el dominio del espacio abstracto, hecho que resultará en su propia explosión.

No obstante, la negatividad inherente al espacio abstracto también hará posible la insurgencia del espacio diferencial anunciado por el autor. Son las contradicciones propias del espacio y el nacimiento de nuevas contradicciones que llevan a la corrosión de la abstracción y cavan su fin. Algunas de ellas son históricas, otras surgen de la disolución de viejas relaciones, pero el espacio abstracto intenta escamotear y presentar a todas en homogeneidad. Por el contrario, el espacio diferencial restaura las diferencias otrora negadas por la abstracción, no solo las diferencias dadas por la naturaleza y por la historia, sino también las diferencias entre cuerpos, sexos, generaciones y etnias. “Él irá a reunir la unidad destruida por el espacio abstracto: las funciones, los elementos y momentos de la práctica social. Él va a exterminar esas localizaciones que destruyen la integridad del cuerpo individual y social” (Lefebvre, 1991b, p. 52). Al final, su insurgencia solo es posible cuando se evidencian las diferencias y, al ser el espacio diferencial desdoblamiento de otras realidades, contiene todas las demás que los preceden y es construido a partir de los sedimentos dejados por cada una de ellas.

La génesis de lo abstracto

Delineadas las relaciones entre los diferentes estados del espacio en la obra de Henri

Lefebvre, es necesario dedicarse ahora a la investigación un tanto más elaborada del espacio abstracto. Para eso, el punto de partida será su génesis, el lugar de nacimiento de la abstracción, según el autor francés, el momento en el cual la paternidad se impone sobre el suelo, los bienes y la familia y establece propiedades y leyes. En oposición a la figura femenina —comandada por lo inmediato y la reproducción de la vida—, el poder paternal solo es posible a partir de los signos, de las mediaciones abstractas. Ese poder resultará en la laicización y racionalización de la vida, en la liberación de las obligaciones político-religiosas, en la decodificación del mundo y, por último, en la constitución de los Estados-Nación.

De acuerdo con Lefebvre, ese proceso de predominio de la abstracción comienza a tomar aliento en la Europa Occidental del siglo XII, cuando la sociedad pasa a intercambiar las costumbres por el contrato y, entonces, ofrece luz a las sombras propias de lo subterráneo. A pesar de definir un punto de ruptura, ese espacio todavía no es abstracto, asegura el autor. La condición destructora del dinero y de la mercancía no se manifiesta en ese momento. Por el contrario, es la función liberadora y de desacralización que prevalece en la plaza de mercado. “Una gran parte —aunque en declive— de la ‘cultura’, de las impresiones y representaciones, permanece *críptica*, aún vinculada a lugares sagrados, condenados o asombrados —cavernas, grutas, valles sombríos, tumbas y santuarios subterráneos” (Lefebvre, 1991b, p. 267).

Solo en el siglo XV —cuando los pintores del *Quattrocento* italiano anunciaban el pasaje de lo críptico a lo decodificado y sus desdoblamientos en el siguiente siglo y el campo se rendía a la ciudad en Europa Occidental— será posible, según Lefebvre, hablar de un código del espacio. *Grosso modo*, ese código —compuesto de un alfabeto formal y prescripciones de ordenación estilística, entre otros elementos— tiene como fundamento los trabajos de Vitruvio, tratadista romano de la Antigüedad Clásica que, redescubierto en el Renacimiento, ofreció las bases para la Arquitectura y la Ingeniería modernas.

Sin embargo, ese lenguaje, compuesto por planes y vistas que se multiplican, concibe y escribe la ciudad en un momento en el que la propiedad mobiliaria y el comercio prevalecen sobre la propiedad del suelo y la producción agrícola. Ese tiempo, marcado por la ascensión de la ciudad de base comercial y la institución de los sistemas urbanos del siglo XVI —la red de ciudades que se extiende por el territorio dominado—, permite que la ciudad se manifieste como entidad unificada, o, en las palabras de Lefebvre, como “sujeto” (1991b, p. 271). En ese hecho reside lo nuevo en relación con la Roma de Vitruvio. Si en los tratados clásicos la ciudad no pasa de una reunión de monumentos y casas, en el Renacimiento, lo que Lefebvre denomina “efecto urbano”, hace que ella se constituya como “un conjunto armonioso, un organismo mediador entre la tierra y el cielo” (Lefebvre, 1991b, p. 271).

Tal poder de mediación de la ciudad y del sistema urbano explica el porqué de la abstracción, aun sin haber completado, en ese momento, su proyecto de destrucción de la naturaleza y de la negación de la historia, se afirmará más adelante, cuando el poderío del Estado le dé un grado de abstracción superior. Originado por las revoluciones y en medio de la acumulación de riquezas garantizada, por la violencia de las guerras, el Estado moderno se yergue a partir del presupuesto de su soberanía y solapa lo que encuentra por delante y todo lo que lo antecede: el poder religioso, las clases y los grupos diversos, cualquier contradicción que amenace su dominio sobre el espacio. Lo homogéneo es su objetivo, la búsqueda por una sociedad unificada y, en apariencia, exenta de contradicciones se transforma en una meta. Con su glorificación, por lo tanto, el espacio abstracto se constituye de modo definitivo (Lefebvre, 1991b).

A pesar de esa tentativa de reconstitución de la génesis del espacio abstracto, vale destacar que su surgimiento y formateo no presentan una fecha específica y no se deben a eventos o instituciones definidas, si bien muchos de ellos han contribuido considerablemente para eso. Lo que merece atención es que ese umbral ya fue cruzado, que el espacio abstracto está ahí, a espera de iniciativas que lo descifren o, mejor, que revelen lo que hay por detrás de su falsa transparencia, capa por capa. Lefebvre seguirá ese camino en su obra y desmenuzará ese espacio, llamado por él “fálico-video-geométrico” (Lefebvre, 1991b, p. 289),

organizado a partir de esos tres elementos constituyentes.

En ese sentido, el espacio abstracto es geométrico, o sea, euclidiano en busca de la reducción de la naturaleza y de la historia a la homogeneidad, de lo tridimensional al plano bidimensional: “una hoja de papel en blanco, un dibujo sobre esa hoja, un mapa o cualquier otra representación gráfica o proyección” (Lefebvre, 1991b, p. 285). En cuanto a su elemento óptico o visual, es el responsable por exiliar los objetos y ponerlos a la distancia, para reducirlos a una imagen pasiva. “Es, por lo tanto, un espacio visual no simbólicamente, pero sí de hecho. El predominio del reino visual implica una serie de sustituciones y desplazamientos por medio de los cuales lo visual da cuenta de todo el cuerpo y usurpa su papel” (Lefebvre, 1991b, p. 286). Por último, elemento fálico es lo que llena el espacio más allá de las imágenes: es el símbolo de la violencia y fuerza masculinas con todos sus medios de represión.

Por una forma urbana

Pero la pregunta que se hace permanece aún sin respuesta o, por lo menos, la elucidación parece inacabada: al final, ¿cuál es la forma de lo urbano? ¿Los elementos formantes presentados por Lefebvre son los que le dan forma? Frente a la dominación del espacio abstracto, sí, pero se sabe bien que esa no es la única condición del espacio y que la esencia de la forma no puede ser reducida. Si el punto de partida para una ten-

tativa de caracterización de la forma urbana es el espacio que se tiene a disposición —en este caso, fálico-video-geométrico—, la vista se confunde. Al final, orientará Lefebvre, para alcanzar esa forma no se debe “partir del *espacio* como tal (pues él es re-considerado, modificado), ni del tiempo como tal (pues él es transformado). Es la propia *forma*, en cuanto generadora de un *objeto virtual*, lo urbano, encuentro y reunión de todos los objetos y sujetos existentes y posibles, que es necesario explorar” (Lefebvre, 2008a, pp. 112-113).

A partir de esta afirmación, se nota, que Lefebvre ofrece dos consideraciones de gran importancia: la primera de ellas es que la existencia de lo urbano es conferida por las formas; esta virtualidad y urgencia en la obra del autor es lo que necesita nacer o surgir ante un punto crítico. Lo que traerá lo nuevo es el doble proceso de implosión-explosión de las antiguas formas, fenómeno discutido por Lefebvre (2008a) y que permite observar la ebullición de la ciudad sobre sí misma, tanto como su extensión más allá de los límites originales. Frente a ese cuadro, no es solo la forma práctico-sensible o material que experimenta implosiones y explosiones, sino también la forma de vida urbana. Así, lo urbano lefebvriano —realidad construida por las relaciones sociales— no puede prescindir de una morfología material-inmediato sensible, materia modelada (Lefebvre, 2008c).

Un segundo punto expuesto por el autor es el trazo generador de lo urbano, su poder de reunión, dado que ofrece pistas para un principio de caracterización de

la forma aquí discutida. En Lefebvre, la simultaneidad, el encuentro y la reunión constituyen marcas específicas de la forma urbana, que se define por un centro, una centralidad. En torno a ese punto, están dispuestos presente, pasado y lo que está por venir; la naturaleza y los hombres, lo que nace aquí y en otras partes. En esa reunión de diferencias se crean relaciones y lo “urbano, en cuanto forma, trans-forma aquello que reúne (concentra). Él hace diferir de una manera reflexionada lo que difería sin saber: lo que solo era distinto, lo que estaba ligado a las particularidades en el terreno” (Lefebvre, 2008a, p. 156).

Lefebvre dirá, además, que lo urbano es una forma pura, pero no en el sentido de receptáculo vacío, porque la forma sin contenido no puede existir de hecho, como ya se discutió. La pureza está en el hecho de que “esa forma no tiene ningún contenido específico, pero todo a ella viene y en ella vive. Se trata de una abstracción, pero, al contrario de una entidad metafísica, se trata de una abstracción concreta, vinculada a la práctica” (Lefebvre, 2008a, p. 110), lo que una vez más comprueba los lazos entre lo mental y lo social y dilucida la forma urbana como un fenómeno sociológico.

Mas, si la forma urbana es dada por la yuxtaposición de todos esos elementos distintos, ¿por qué el asalto de la homogeneidad? Una vez más, son particularidades del espacio abstracto, que sustituye o, mejor, busca sustituir la heterogeneidad inicial por lugares de lo mismo, las isotopías, que según Lefebvre, conservan las diferencias apenas como “accidentes, comodidades

confusas de un lenguaje folclórico” (2008a, p. 115). Las líneas rectas que rasgan el espacio y los volúmenes blancos que posan sobre el plano no definen la forma urbana propuesta por el autor. Existen también los lugares del otro, las heterotopías y el lugar de lo posible: la utopía. Esa multiplicidad, ese encuentro de diferentes puede dar forma a lo urbano, pues “la diferencia es informante e informada. Ella da forma, la mejor forma resultando de la información óptima” (Lefebvre, 2008a, p. 121).

La forma urbana siempre está presta a ir más allá de sus límites. El desplazamiento de la centralidad en el tiempo es prueba de eso y muestra cuán compleja es la relación entre el espacio y los ritmos de vida de aquellos que lo toman para sí. El centro que todo reúne hoy se vacía mañana, aunque el intervalo entre esos dos instantes pueda ser medido en décadas, años u horas, de acuerdo con la situación observada. Nunca fue posible imponer un orden estático, pero lo que la sociedad contemporánea trae de nuevo, según Lefebvre (1991b), es que su centralidad se pretende total, o más aún, ella se sustituye por la totalidad que domina, racionaliza y expulsa lo que no le conviene.

Frente a esta constatación, la teoría lefebvrina camina rumbo a la defensa de la centralidad múltiple, a ejemplo de la ciudad en la Grecia clásica, que organizaba tiempo y espacio alrededor de varios centros como el estadio, el templo, el ágora y el teatro. Eso no significa que las ciudades de la historia, sea la acrópolis griega o cualquier otra, puedan ofrecer modelos reproducibles en

la actualidad, alertará el autor, pero sí que indican sugerencias. ¿Por qué no pensar en ciudades a partir de una estructura dinámica con sus elementos complementarios, donde sea notable la diferencia e irreconocible la segregación? ¿Por qué no la forma policéntrica, con cada uno de sus núcleos erigidos a partir de un monumento particular y distinto, no el monumento como edificio aislado, sino centro suprafuncional y preñado de sentidos? Son cuestiones como estas —en un tono propositivo— las que Lefebvre (1976) presenta en su obra *De lo rural a lo urbano*, compilación de artículos que abarca las décadas del cincuenta y del sesenta.

Oponerse a la homogeneidad que pretende imponerse, la policentralidad y la inestabilidad de la forma urbana es, en la teoría lefebvriana, lo que intimida y lo que puede garantizar la nueva vida. En constante mutación —llenándose y vaciándose—, las centralidades múltiples aparecen en un punto o en otro y, de ese modo, “si el espacio urbano es fascinante por la disponibilidad, también lo es por la arbitrariedad de las unidades prescritas” (Lefebvre, 2008a, p. 119). La positividad de ese hecho ocurre, sobre todo, a partir de una proposición traída por el autor: el dominio de lo efímero —lo efímero polivalente que permite el juego entre las funciones—, que hace nacer formas polivalentes y transfuncionales.

Por lo menos tres elementos que pueden ser destacados de la obra de Lefebvre son capaces de contribuir para esa restauración de lo efímero. El primero —tal vez el más incomprendido de ellos— es el ele-

mento lúdico. El goce, necesidad tan ignorada por aquellos que determinan formas al espacio, es lo que garantiza la espontaneidad inherente al juego de los usos, a las múltiples actividades. En general, lo lúdico ha sido encuadrado en tiempos y espacios propios, lo que le retira la posibilidad, por lo menos en parte, de producir el cambio. Lo lúdico, más que “estas formalizaciones, posee una omnipresencia vital, vinculada a manifestaciones originales de la espontaneidad y de la sociabilidad. Es nada más ni nada menos que una dimensión de la vida: la dimensión poética” (Lefebvre, 1976, p. 182).

Articulada con el elemento lúdico —o en búsqueda de él— está la calle, “teatro espontáneo, terreno del juego sin reglas precisas y, por eso, más interesantes, lugar de encuentro y demandas múltiples —materiales, culturales, espirituales—” (Lefebvre, 1976, p. 181). Convertida en lugar de tránsito, la calle, que pasa de la abstracción del plano para lo concreto del lugar, limita la acción y se restringe a la conexión entre un punto y otro. En efecto, algunos gestos escapan a esa determinación, pues sería del todo apocalíptico considerar el aprisionamiento de la acción autónoma. Pero eso no es suficiente para que Lefebvre abandone el clamor por una reconstitución de la calle en su integridad transfuncional, o sea, también estética y simbólica, lugar de exposición de la diversidad y no simple acomodación de señales que condicionan comportamientos.

El tercer elemento aquí destacado y, se entiende, también parte indispensable de la restauración de lo efímero, está en el

habitar. La crítica lefebvriana ya demostró cómo y cuándo (el acto de) habitar fue sustituido por el (objeto dominado) hábitat, así como todos los prejuicios derivados de ese intercambio (Lefebvre, 1976; 1991b). Cuando a la actividad de apropiación de un determinado espacio se sobrepone la unidad formal —el mínimo habitable que ofrece garantías a la reproducción—, se pierde la posibilidad de moldear el propio mundo. Así, si el hábitat se confina al volumen dado por la abstracción, el habitar se mueve entre las más diversas escalas y funciones. Si el uno es la forma muerta, el otro es la posibilidad de vida a partir de la forma, creada y recreada espontáneamente.

Triplicidades

En dirección hacia una tentativa de comprender la forma en Lefebvre, el autor contribuye para esta discusión con su elaboración acerca de la necesidad de discernir, sin disociar, tres conceptos fundamentales para el entendimiento del espacio social: la forma, la función y la estructura (Lefebvre, 1976; 1991b). Al mismo tiempo autónomos e independientes, los tres elementos constituyen una unidad, según el autor y eso implica reconocer que formas, funciones y estructuras solo ocurren en la materialidad. Es en lo tangible que ellas se realizan y dejan la abstracción para unirse y, simultáneamente, volverse términos distintos. Así, si es en la realidad concreta que los conceptos pueden ser verificados, una vez más, la distinción de los términos solo

es dada por el análisis, que contamina la práctica de la producción de espacio.

Análisis y práctica privilegian uno de los términos. Cuando se detiene en cuestiones plásticas, ahí está el formalismo, preso de modelos generalmente vacíos de sentido. Ese análisis o práctica restringida a la forma implica descripciones de contornos y reconocimiento de volúmenes, delimitaciones de fronteras y áreas, dirá Lefebvre (1991b). Él está preñado de ideologías, es simplificador y reduce el espacio a sus elementos formales. ¿Aun así, el análisis formal proporciona un código para comprender el espacio? Sin duda. También el análisis funcional y el estructural ofrecen sus códigos. Son una especie de rejas, en la denominación del autor, que permiten aproximarse a lo real.

La limitación a un solo aspecto, sin embargo, no considera la interacción entre ellos; una interacción que no establece vínculos unívocos, sino que indica que “funciones y estructuras se revisten de formas que las revelan y velan, que la triplicidad de estos aspectos constituye el todo, que es más que sus aspectos, elementos y partes...” (Lefebvre, 1976, p. 150). ¿Eso significa decir que el triple análisis —dado por las articulaciones del conjunto forma-función-estructura— es suficiente para alcanzar el entendimiento del espacio social? No. Si el privilegio de uno de los términos es reductor, el triple análisis también deber ser considerado con ponderaciones, pues “lo que es verdaderamente esencial atraviesa esa reja” (Lefebvre, 1991b, p. 60) y desdibuja el entendimiento.

¿Qué hacer entonces? ¿Cómo aprehender el espacio social en su realidad urbana, el fenómeno urbano anunciado por Lefebvre? Una vez más, este estudio, que pretende descansar sobre la forma y extraer sus potencialidades, entiende que es en los contenidos —o en la relación de los contenidos con las formas que los abrigan— donde se puede encontrar el entendimiento para el espacio. Como alerta el autor, lo esencial del fenómeno urbano está en la centralidad (Lefebvre, 2008a), o sea, su contenido mayor, dado por la reunión de todo y todos.

La *forma* de la centralidad, vacía como toda forma clama por un contenido, atrae y concentra objetos particulares. Al volverse un lugar de acción, de una secuencia de operaciones, esta forma adquiere una realidad *funcional*. En torno del centro, es organizada una *estructura* del espacio (mental y/o social), una estructura que es siempre momentánea, contribuyendo, juntamente con la forma y función, para una práctica (Lefebvre, 1991b, p. 399).

Tal triplicidad remite a otra tríada lefebvriana bastante explorada y una de sus principales contribuciones para el estudio del espacio. El conjunto forma-función-estructura está directamente articulado con la construcción sobre lo percibido-vivido-concebido. En Lefebvre, la forma está para lo percibido, así como la función para lo vivido y la estructura para lo concebido. Al final, la forma surge en el momento comunicable de los intercambios y, en consecuencia, es percibida. La función

se realiza o no en lo vivido. Y la estructura, que demanda una representación del espacio, se concibe. Pero es necesario reflexionar acerca de que tal conjunto está sólidamente imbricado en el uso del espacio, “el *uso* corresponde a una unidad y a la colaboración entre estos factores que los dogmatismos insisten en disociar” (Lefebvre, 1991b, p. 369).

Sobre la tríada percibido-vivido-concebido sería importante caracterizar sus elementos constituyentes. ¿De qué se habla cuando se propone la discusión sobre lo vivido, lo percibido y lo concebido? ¿En qué momento se realiza esa construcción teórica? Es en *La producción del espacio*, publicado en 1974, donde Henri Lefebvre ofrece el material necesario para la mejor aproximación de los términos, que intervienen, cada cual a su modo, en la producción del espacio. Como indica el autor, no son apenas las propiedades inherentes a cada uno lo que define esa influencia sobre la producción del espacio, sino también el momento histórico y el modo de producción de las sociedades donde ellas ocurren.

Es preciso poner de relieve que la triplicidad no es un modelo abstracto. Como explicita el autor, su importancia no puede ser reducida a la mediación ideológica, toda vez que la tríada envuelve lo concreto y lo aprehende. Eso hace que con la triplicidad gane un carácter espacial, es decir, lo percibido-vivido-concebido corresponde, en ese orden, a la práctica espacial, los espacios de representación y las representaciones del espacio en Lefebvre, una unidad global, en la cual:

El *objeto* de conocimiento es, precisamente, la conexión, fragmentada e incierta, entre las representaciones elaboradas del espacio y los espacios de representación (con sus fundamentos); este “objeto” implica (y explica) un *sujeto*; el sujeto en quién lo vivido, lo percibido y lo concebido (o conocido) se reúnen en una práctica espacial (Lefebvre, 1991b, p. 230).

Apenas un esfuerzo teórico y analítico puede, por lo tanto, llevar a cabo una distinción —necesaria a la reflexión— entre los términos. Dada por los sentidos, la práctica espacial envuelve la producción y la reproducción; determina posiciones, atribuciones y prescribe modos de operar. Guiada por la percepción (de las formas, inclusive), ella no exige una intelectualidad elaborada; casi todos los que toman conocimiento del espacio pueden responder a sus estímulos, sin tener que relacionarse con sus signos y descifrar sus códigos. En la interpretación que se hace aquí de las contribuciones lefebvrianas, la práctica espacial es, pues, alienada por la conciencia, en la mayoría de los casos.

Si lo percibido no presupone la elaboración intelectual, ella encuentra un lugar privilegiado en las representaciones del espacio. Concebidas a partir de un código, implican un orden inmerso en científicidad e ideologías. Ancladas en leyes supuestamente universales, se presentan neutras y encubren sus propósitos. Son abstracciones alienadas de la realidad, se entiende aquí, en la mayoría de los casos: el proyecto del edificio, la planeación para la ciudad,

concepciones casi tan planificadas como la plancha que les da soporte. Sin embargo, no se puede negar que ellas tengan un alcance práctico: las representaciones del espacio modifican lo que el autor llama de “texturas espaciales” a partir de la inserción de un objeto —arquitectónico o de cualquier otro ámbito— en un contexto determinado (Lefebvre, 1991b).

Por último, en palabras de Lefebvre las representaciones del espacio son “conceptos sin vida”, los espacios de representación surgen como porciones de “vida sin concepto” (1991b, p. 372). Si la abstracción dada por cada una de las ciencias particulares determina el espacio concebido, es el usuario, por medio de símbolos e imágenes, quien define lo vivido. Nacido de las actividades cotidianas realizadas por los usuarios, el espacio vivido “es un espacio concreto, lo que significa decir subjetivo. Espacio de los ‘sujetos’, en vez de lugar de los cálculos” (Lefebvre, 1991b, p. 362). Aunque en apariencia fugaces —si se comparan con las representaciones del espacio—, los espacios de representación tienen como origen la historia y permanecen en el tiempo. Además, constituyen el interés de buena parte de las ciencias sociales y forman “lo que frecuentemente se denomina de ‘modelos culturales’, aunque el término ‘cultura’ dé origen a una buena dosis de confusiones” (Lefebvre, 1991b, p. 230).

Lefebvre alerta que tal perspectiva empobrecedora reduce la experiencia vivida. Como ya fue sugerido aquí, es nula la intención de alcanzar los espacios de representación al separarlos de las representaciones

del espacio y ponerlos como ajenos a la práctica espacial que les da forma. No existe una realidad desligada de la otra. Los espacios son concebidos a partir de representaciones que, a su vez, surgen de una percepción práctica. Todo indica que al estudio del espacio le resta desnudar el paso de un término a otro —fijándose en las rupturas que intentan bloquear este tránsito (y su porqué)— y examinar con minucia las posibilidades que faciliten la permeabilidad.

Por una contra-forma

Tal constatación no desconoce las diferencias internas a la tríada propuesta por Lefebvre. Se sabe que, buena parte del tiempo, las representaciones del espacio concretadas en objetos práctico-sensibles pasan de largo, de los espacios de representación elaborados por cada uno de sus usuarios. Ese distanciamiento, bien demuestra el autor, parece haberse ampliado desde el momento en el cual las representaciones artísticas ensayaron una codificación del espacio, definieron un lugar de divergencia-convergencia e instauraron el ojo del observador-usuario. Bajo un determinado punto de vista —la perspectiva renacentista—, el observador-usuario puede imaginarse sujeto; falsa transparencia que permitió no solo la organización geométrica y precisa de las líneas en fuga, sino también el paso de lo subterráneo hacia lo visible-legible indicado por Lefebvre.

Engañosa, la legibilidad omite la homogeneidad de los espacios, su ideología

reductora y necesaria a la reproducción de las relaciones sociales. “La forma se limita al signo de la función y la relación entre los dos es la más clara posible —esto es, la más fácil de producir y reproducir— dando lugar a la estructura” (Lefebvre, 1991b, p. 148). Lo que es legible se supone transparente, en el más alto grado de limpidez. No es necesario cualquier esfuerzo. De antemano, se sabe por cuál calle doblar, qué puerta abrir, todo sentido del espacio: así son los espacios que tienen como criterio de producción la legibilidad, espacios producidos para ser leídos antes de ser vividos. En ese aspecto residen las trampas dejadas por lo legible: ella “nunca acompaña la riqueza del texto y del espacio. Ninguna poesía, ningún arte obedece a ese simple criterio. En el límite, lo legible es lo blanco, ¡el más pobre de los textos!” (Lefebvre, 2008b, pp. 28-29).

Lo que se atiene a lo visible se limita a la imagen, a un fragmento del espacio que, en la concepción del autor, sirve de instrumento de camuflaje, a pesar de que promete revelaciones. Tan transparente cuanto represivo, el espacio visual se impone. El encuadramiento, el foco, el ángulo: todo sirve a ese poder, es un hecho. Sin embargo, eso no significa que el esfuerzo de Lefebvre sea desvelar la dominación del ojo y reclamar una posición de destaque para cualquier otra modalidad sensorial. Por el contrario, el autor anticipa el reconocimiento de la ineficacia de cualquier teoría soportada por dicotomías, que segmenta el sujeto en partes o lo deja preso en un lugar

de inercia, lo cual le permite apenas contemplar el mundo como un espectáculo.

Si ese fuera el caso, la perspectiva lefebvriana en nada contribuiría para el entendimiento del sujeto *en el* espacio, usuario y productor del mundo que lo rodea. No hablarán estudiosos que promuevan el discurso contra la tiranía de la visión, especie de caza de brujas que no pone fin a la jerarquía de los sentidos, sino que apenas invierte las posiciones. Tal cual en el abordaje clásico de Marshall McLuhan (1977; 1974), la objetivación del mundo fue atribuida a lo visible, fenómeno determinado por la invención y difusión de la palabra escrita. En dos de sus publicaciones más conocidas —*La galaxia de Gutenberg* (1962) y *Los medios de comunicación como extensiones de los hombres* (1964)—, la tesis del ojo que todo lo aniquila se desarrolla delante de la sociedad que asiste a la invención de la prensa y la anulación de la cultura oral.

Ahora bien, el abordaje de Lefebvre parece aproximarse más a la antropología contemporánea de Ingold (2000), a pesar de toda la inversión del autor francés en exponer las fragilidades de lo visible. Eso porque, para el antropólogo británico, los sentidos no son como portales entre el mundo físico externo y el mundo interno de la mente. Esa relación no existe, pues el flujo entre sujeto y espacio es interminable, “lejos de comenzar como radiación incidente y terminar con una imagen mental” (Ingold, 2000, p. 257). Del mismo modo, el autor denuncia que no basta sumar, al mundo de las imágenes visuales, las demás modalidades sensoriales y crear una maraña

de paisajes sonoros, táctiles u olfativos. El mundo no está dividido y disponible a sus habitantes en caminos sensoriales distintos. Según el autor, hay un único mundo, independiente del recorrido que se haga para alcanzarlo (Ingold, 2008).

En ese momento, es al cuerpo —en su totalidad— y al uso que se hace de él que la teoría lefebvriana conduce la reflexión. Como afirma el autor, “es por medio del cuerpo que el espacio es percibido, vivido y producido” (Lefebvre, 1991b, p. 162). Se entiende así que, si es el uso, la acción, el que articula los elementos de la tríada espacial, al cuerpo se le otorga la posición de vehículo por medio del cual se realiza la acción. La constatación puede parecer simple, pero revela la necesidad de destacar el uso de los espacios por los cuerpos, el modo recíproco como uno prescribe el otro y regula la vida por medio de los gestos.

Lo gestual es, por lo tanto, el lugar de llegada de esta primera aproximación de la forma en Lefebvre. Cargado de ideologías, el gesto no se limita al desplazamiento en el espacio, sino que se desdobra en la producción del espacio. En general, son gestos repetitivos que engendran espacios también repetitivos. La homogeneidad de esos espacios, según Lefebvre, ocurre en función de la primacía del intercambio y en detrimento del uso. La similitud facilita esa relación y permite la cuantificación sin cualquier constreñimiento. Es, en cierto modo, lo que lleva al gesto a la muerte en el espacio, lo que intenta también borrar los rastros dejados por su acción. No es poco común esa tentativa de desprenderse del

trabajo productivo, dirá el autor (Lefebvre, 1991b), lo que conduce a la incompreensión completa de la naturaleza de lo que fue producido (o creado) o de su génesis y relación con la naturaleza.

Así como en gran parte del discurso lefebvriano lo que engendra lo mismo también guarda el germen del cambio. Lo gestual es lugar de penuria y potencialidades. Él “vuelve a ligar las representaciones del espacio y los espacios de representación o, por lo menos, lo hace bajo condiciones privilegiadas” (Lefebvre, 1991b, p. 215). De lo repetitivo surge lo nuevo: un nuevo gesto que bordea la espontaneidad, la nueva forma surgida de la multiplicidad de funciones. Esa capacidad no es exclusiva de los grandes gestos ni de la producción del espacio, determinada verticalmente por un saber codificado. En lo cotidiano, lo microgestual también produce la contraforma, por medio de la diferencia.

Como ya fue indicado, la contra-forma—forma más que contraria, pero virtualidad posible— surge aquí tomada de las representaciones del espacio. No podría ser diferente, pues lo que trae el cambio está en el seno de aquello que se impone. Para ir más allá de la “pretendida ‘síntesis gráfica’ del cuerpo y del gesto, del espacio de actividades” (Lefebvre, 2008b, p. 127), que se reduce a las formas sobre el plano, es necesario retomar la positividad de la forma inscrita en lo negativo que la circunscribe. Inspirada por los contraproyectos lefebvrianos (Lefebvre, 1991b), la contra-forma es lo que se pretende alcanzar: el cuerpo libre de sujeciones, el gesto que transforma.

Referencias bibliográficas

- Cunha, A., Canuto, F., Linhares, L., y Monte-Mór, R. (2011). “O terror superposto: uma leitura do conceito lefebvriano de terrorismo na sociedade urbana contemporânea”. *Revista Brasileira de Estudos Urbanos e Regionais*, 5 (2), 27-43. doi:10.13061/rbeur.v5i2.95
- Ingold, T. (2000). Stop, Look and Listen! Vision, Hearing and Human Movement. En T. Ingold *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill* (pp. 243-287). Londres: Routledge.
- Ingold, T. (2008). “Pare, olhe, escute!” - um prefácio. (R. L. M. Venturini, M. Balieiro, L. Valentini, E. Frank, A. L. de Fiorey R. Harayama, trads.). *Pontourbe. Revista do Núcleo de Antropologia Urbana da USP* 2, (3). (Original publicado en 2000). Recuperado de <http://n-a-u.org/pontourbe03/prefaciotimingold.html>
- Lefebvre, H. (1976). *De lo rural a lo urbano*. Buenos Aires: Lotus Mare.
- Lefebvre, H. (1991a). *A vida cotidiana no mundo moderno*. São Paulo: Ática.
- Lefebvre, H. (1991b). *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Lefebvre, H. (2008a). *A revolução urbana*. Belo Horizonte: Editora UFMG.
- Lefebvre, H. (2008b). *Espaço e política*. Belo Horizonte: Editora UFMG.
- Lefebvre, H. (2008c). *O direito à cidade*. São Paulo: Centauro.

McLuhan, M. (1974). *Os meios de comunicação como extensões do homem*. São Paulo: Cultrix.

McLuhan, M. (1977). *A galáxia de Gutenberg: a formação do homem tipográfico*. São Paulo: Companhia Editora Nacional.